

RUTINAS, RITOS Y REGOCIJOS
EL USO CULTURAL DE LAS PLANTAS EN MÉXICO

El paisaje es el escenario por donde transita la vida de un país; guarda memoria de sus antiguos pasos y es el sostén del presente. En la vastedad de nuestro territorio, entre la orografía caprichosa, en la comunión del norte árido y el sur tropical, los climas, los suelos y las comunidades vegetales que en ellos habitan son cambiantes. Su magnificencia y sus atributos han acompañado la imaginación y los ritos cotidianos de los habitantes de esta diversidad. Las culturas han dado a las plantas variados usos y sentidos. Los unos para la supervivencia física, los otros para la filosófica. Las plantas amueblan la cotidianidad porque son casa y son enseres, son alimento y son utensilio, pero también visten los ritos porque son ofrenda y son aroma y se extienden más allá de su pasajera vida cuando son cantos, poemas, estampas, evocaciones.

El uso cultural de las plantas en México es diverso y asombra, está ligado a la tradición y al paisaje que lo nutre, sean órganos, hojas de palma o pencas de maguey. De mano en mano, de generación en generación, las plantas del paisaje mexicano han dado cobijo a las familias. De pronto un techo de pencas de maguey sorprende por su rítmico acomodo, por las formas triangulares recostadas una sobre otra después de exhalar su fervor vital, esa ansia permanente de rozar el cielo. El maguey brindó

el aguamiel de su entraña para ser fermentado en pulque o bebido así; tal vez alguien desnudó las hojas y con la capa más fina hizo lienzos para escribir o cubrió los alimentos para cocinarlos en los jugos retenidos; otros prefirieron cosechar el hojército para aislarse de lluvias y soles abrasadores, y algunos más encontraron en el verde oscuro del maguey la penumbra para habitar un lugar.

El bambú, adusto y marcial, fue alineado para formar muros ligeros y silbantes, prestos al capricho del viento. Las varas de los árboles se amacizaron con argamasa de la tierra, con arcilla aglutinante para delimitar el contorno de una casa: el hogar. Y los hombres probaron a través de los años la manera de tejer las vigas arrancadas a los árboles para lograr el andamiaje fuerte y armonioso que aguantara las palmas y la paja, lacias y escurrientes, perfecto parape-to de la lluvia. Las manos y los brazos de los hombres fueron convocados para erguir las estructuras y colocar los armazones horizontales o verticales; para construir las casas como redondeles de paja lastimera. La palapa nació de la posibilidad de que la paja descansara en el prodigioso techo para brindar el frescor que ninguna tecnología puede igualar. Porque las casas vegetales, las excéntricas palapas, exhalan su aroma de hierba, su tierna esencia de cosecha terrena, y es como mejor se está bajo el sol.

Las plantas cercan

De pronto el paisaje nos sorprende con sus casas rodeadas de cercas que verdean, que echan hojas y por cuyo centro sigue la savia fluyendo, bullendo, rabiando de vida. Cercas vivas se les llama en México a las cactáceas o arbustos que sembrados en fila hacen las veces de barda; alegran la vista; hay en ellas una insistencia de vida, un empeño por servir sin perder la oportunidad de crecer, de nutrirse, de capturar el sol en necia fotosíntesis. Pero las cactáceas que abundan en el territorio mexicano, en gran parte semiárido, también son extraídas del paisaje para flanquear las puertas como altivos y robustos vigías vegetales. Será porque en muchas ocasiones el paisaje se funde a capricho o por arrebato de los habitantes con las construcciones que marcan su tren de vida cotidiano. Por eso los tiestos, las latas o las macetas que penden como aretes de los muros son una manera de apropiarse del paisaje, de robarle su estacionalidad floral y hacerlo atributo de las paredes: como quien cuelga cuadros. El gusto por la planta nos viene de nuestro pasado indígena. Los jardines botánicos y los jardines en los techos de las casas eran cosa natural. Los frutos de la cosecha apilados son la prueba de la abundancia, cada cultivo tiene lo suyo, su prestancia, su manera de amontonarse y presentar lo ganado a la tierra. Las mazorcas, el café, el tabaco. Productos que requieren un proceso para ir mudando de forma y ser otros, los

extraídos de la planta, los que se relacionarán con el hombre porque han sido sometidos a los procesos largamente aprendidos y heredados.

El henequén con sus fibras correosas acolchó el paisaje de las haciendas diezmadas; la hoja seca del tabaco es un prodigio de aroma y oferta de plantas y manos finamente dedicadas a la artesanía del cigarro puro.

Plantas y manos

Las plantas y las manos tienen pactos añejos en este país de artesanos donde la fibra, sea bejuco, paja, palma o mimbre se teje en canastas, petates, sacos, bolsas, fundas, hamacas. Observar el trabajo brioso de las manos trenzando un tapiz que se ha ido legando de generación en generación, propone la prolongación de las manos en la fibra, de la fibra hacia los músculos y las venas que pulsan ese baile de los dedos. Se aprecia su nervadura recia por cuanto su tenacidad permitirá tejer cuerdas o mallas o sacos que serán cómplices del transporte y el almacenamiento de los granos cosechados. Las cuerdas que aprisionan los cuellos de los animales, que amarran los troncos con los que se construye una casa, que sostienen una lancha a la orilla de un río, las cuerdas tan aferradas a los objetos de los hombres que precisan estar asidos. El cordel es el cordón umbilical entre los pueblos y la naturaleza

porque para su elaboración precisó la paciente relación entre el sol y las plantas, luego el hombre despulpando entre el verdor la fibra esencial para anudarse al paisaje domeñándolo. Con las cuerdas los bueyes araron la tierra, con la cuerda el agua salió del pozo, la red fue lanzada para sacar el cardumen de peces todavía palpitantes.

No siempre es preciso desvirtuar la esencia de la hoja, de la flor o del tronco para que las plantas habiten en la vida de las familias como asuntos comunes. Un tronco de furibundos retruécanos es una silla para el reposo, a un tocón se le convierte en banco para alcanzar las partes más altas de la alacena o del cobertizo, un tronco mellado ofrece los peldaños que lo convierten en escalera. Aún se respira en el país ese uso directo de la planta que no precisa de la sierra y el tablón, que encuentra en las imperfecciones del fuste de un árbol la trama perfecta para idear un propósito. Los guajes ofrecen el corazón hueco del fruto para que el agua se conserve limpia y fresca, los zacatones tapizan los cerros para que las cazuelas y la loza se tallen con aquel esparto que perdió humedad.

La cosecha es labor de campo, su esencia tapiza las casas campesinas, a veces con paisajes de tierra expectante, otras con milpa crecida, luego con la hoja truncada y el fruto apiñado para ser lentamente repartido, digerido; sea en flor, en fruto o en hoja la cosecha adorna los patios y los aleros, los largos pasillos. Precisa secarse, orearse, señorearse en

su nueva existencia desvinculada de la planta madre: la calabaza, el jitomate, la mazorca son orondos, rotundos y apetecibles.

La planta está presta para formar parte del banquete cotidiano. No hay desperdicio, en México comemos raíces, tallos, hojas, flores, frutos, semillas. La pepita de calabaza es nuestra y es versátil porque tan pronto se codea con lo salado en los barrocos pepianes o se mezcla con el azúcar y la leche para ser pasta moldeada en frutillas caprichosas que repiten el frutero mexicano: mameyes, piñas, mangos. También el amaranto y la chíá están desde siempre afincadas en la tradición culinaria mexicana. De México es la vainilla, vaina negra que cimbró la repostería francesa que la adoptó para siempre en la confección de pasteles y galletas. Aquí se bebe la flor de jamaica cuando suelta su rojo absoluto en el agua hirviente. Y también se come la flor de colorín frita con frijoles o huevo, y la de calabaza es la reina cuando amarillea sopas y rellena quesadillas. Y es nuestro el hojerío cuando de avasallar con sabores se trata como sucede con el acuyo u hoja santa del trópico, el quelite o el huauzontle que hasta rama llevan y capeados son manjares.

La hoja, desde tiempos prehispánicos, ha sido considerada como envoltorio, sea para hornear bajo tierra cuando al animal se le envuelve en la penca verde del maguey y se guisa en barbacoa, o para cocer y transportar el maravilloso invento que son



los tamales. Para los tamales el plátano ofrece su hoja lacia y lustrosa, el maíz la rugosidad y el cuenco de la suya. Tamales, *tamalli*, pequeño envoltorio donde se da cita una comida completa a base de maíz con relleno a capricho de la región y de la usanza: camarón, res o pollo, verduras, salsas, nueces, especias. Cilíndrico, plano, alargado, el tamal es el itacate nacional. No en vano el nombre es de origen azteca: *itácatl*, bastimento. Invitado de ceremonia porque matar un puerco bien vale una tamaaliza inolvidable donde las mujeres convergen en la repartición del trabajo: moler el maíz, preparar el relleno, lavar las hojas de maíz, untarlas de masa, adicionarles los ingredientes, envolver, amarrar, poner a cocer. La hoja del maguey, correosa y transparente, es el empaque perfecto para preparar los mixiotes: de conejo o de cerdo en un adobo colorado; el envoltorio permite que jugos y aromas se maceren y encuentren el punto perfecto del sabor y la temperatura. La misma epidermis de la hoja sirvió para la escritura en tiempos aztecas, como para el halago del apetito.

El maguey, los agaves, enhiestos y punzantes, cedian en su corazón el aguamiel que los pueblos fermentaron como pulque en veneración a la diosa Mayahuel (y que durante la Colonia aprendieron a destilar para obtener mezcales y tequila). El nopal es el tallo que más abunda en la mesa mexicana: redondo y espinado es tierno y babeante cuando se le cuece en cuadritos para taquear.

Bordar el paisaje

Primero fue el telar, luego la aguja para que en el bastidor las mujeres imprimieran formas y colores a sus ropas, tejieran bandas, faldas, rebozos a los que de manera discreta salpicaron de grecas y hojas y flores. Los atuendos regionales, los de más pura procedencia indígena, marcan su identidad apropiándose del mundo colorido que los rodea. Las flores abundan en la ropa mexicana, sobre mantas ligeras o gruesas, sobre paños crudos y claros o sobre negro resaltan los pétalos coloridos que coronan un escote, que ciñen un talle, que bordean el extremo de una falda. La ropa de las mujeres mexicanas es rabiosa en tonos y esmero. Muchas horas de bordado y tejido están puestas en el vuelo de una blusa, en sus mangas abombadas, en el quexquémetl que calza un cuello. Las niñas pequeñas la lucen con la coquetería que la flor obliga: es pacto femenino. Los bailes típicos recogen el mestizaje del atuendo regional y en muchas comarcas las mujeres son fieles a la usanza durante cualquier día, otras sólo en las ceremonias. Las istmeñas cautivan con su derroche de hilos bordando flores doradas que resaltan con collares de oro. Las veracruzanas han hecho del encaje blanco y la organza un sutil susurro floral, ¿será porque en estas latitudes la flor es guiño permanente del paisaje? La flor no sólo es ofrenda ceremonial, salpicadera colorida del paisaje, es también un giro del lenguaje. Una flor es un cumplido.

Echar flores es lisonjear. Una mujer se viste de flores provocando una flor. Una flor para una flor.

Si las flores habitan cerca del cuerpo de las mujeres arrepujados en las telas, impresos en la ropa, también las flores están en las telas que retienen el calor de las tortillas, en las telas que visten una mesa, en el papel que emula flores, en el florero que retiene unos alcatraces lánguidos.

Ritos florales

Flores y plantas son imprescindible compañía de los ritos de vida y de los religiosos. Su lozanía fugaz, su pasajera belleza, su obligado marchitamiento acompañan la duración del festejo que nacerá y morirá. Las flores ceden su colorido, su frescura y su turgencia para vestir la entrada de una iglesia, el altar de una virgen o para coronar la cabeza de una niña. Las guirnaldas son prodigio artesanal pues han hecho de las plantas una lluvia tejida que se aliará con los muros para bañarlos de color. Las plantas se unen al rito de la fiesta para quebrantar la cotidianidad, para aullar de belleza, para que el ciclo ininterrumpido de las noches y los días tenga ese día otro matiz. Las flores son reverberación de júbilo y alabanza y en su cuidado y cosecha comienza el esmero. Se cortan flores, se mercan flores y se tejen con ellas pedestales, arcos, techos. Ramas y palmas son la tarima de la arquitectura floral que

servirá de pasarela, de puente, de ceremonial pasaje a la ofrenda del santo patrono, al onomástico de la virgen.

Las procesiones se hacen acompañar de fustes florales, de estrellas, rosetones porque es preciso honrar el día para honrase a uno mismo. Es preciso festejar para que la vida tenga un sentido, una comunión con los dioses, un agradecimiento a la cosecha, una petición de bienestar. Hay que estar a bien con el más allá, con las fuerzas divinas a las que alguna vez nuestros antepasados apaciguaron con sacrificios humanos.

El Domingo de Ramos es un deleite de destreza manual cuando en los atrios de las iglesias o en las plazas los artesanos expenden las palmas tejidas que habrá que ofrendar a Cristo crucificado para inaugurar la Cuaresma. La trama de la palma exhibe su verde tierno, ése que le da blandura necesaria a la hoja para ser entreverada a tiras y comenzar a amarillear mientras espera turno para llegar al altar.

Alguna vez fui a una boda en un pueblo en el límite de Oaxaca y Veracruz: San Pablito, en la que a las mujeres nos daban canastas repletas de pétalos lila, rosados, púrpura con los que seguíamos el camino de los novios a la casa donde esperaba el banquete. Las mujeres bañábamos de pétalos a la novia y el trayecto, dejando una alfombra de colores frescos salpicados. Así, desprendidos de su centro y la flor de su tallo, la humedad de los pétalos era ape-

nas un respiro, después pisoteadas y polvosas serían despojos: en eso estribaba su belleza.

La flor es adorno en la boda desde que se incorpora al vestido níveo, a las manos de la futura esposa que retiene un ramo incierto, al adorno en la cabeza que despliega azahares o flores del lugar. Y las flores flanquean los pasillos, y tejen olas en los techos de las iglesias y son el camino para inaugurar la vida familiar. Y las muchachas vírgenes se desfloran porque el sexo es también una flor que cede su lozanía. Y existen las flores más bellas del ejido y los juegos florales y alguna vez hubo guerras floridas, sanguinarias y voraces porque era preciso acallar a los dioses con los prisioneros sacrificados.

Y la flor es sobre todo despedida y convocatoria cuando se atiende a la muerte. México tiene su flor de ocasión, el cempasúchil, naranja y deshojable, flor de temporada que elige noviembre para coronar los altares de muerto que no pueden prescindir de ella. Las calles y los mercados se tapizan de naranja alegre para vestir a la muerte, afirmando que es necesario visitarla para solazarnos en la vida, para recordarnos que no hay que olvidar a los muertos por más vivos que estemos, porque compartimos su destino y tarde o temprano nos encontraremos. Entonces por qué no arrimarlos a la vida con canciones y tequila y sus platillos favoritos y llenar de cempasúchil las casas y las iglesias y las tumbas para que sientan bonito, o sintamos bonito cuando engalanamos a la muerte y le decimos mi-

ra qué viva puede ser la fiesta, mira qué cumplidos somos que no estamos tranquilos si no insistimos año con año, acumulando muertos y fieles a la celebración.

¿No es acaso un arte panteonero el que va más allá de las lápidas y las estatuas que las acompañan? El de los adornos de flores que cambian de región a región, que se descubren entre la bruma de las alturas montañosas y que son escuetos en el árido norte.

En México abunda el color de las flores durante todo el año, por eso en Huamantla, Tlaxcala, pueden darse el lujo de tapizar de flores las calles haciendo adornos con pétalos como si fueran pinceladas, y en Xochimilco pueden nombrar las trajineras de los canales a base de flores que digan Lupita, Carmen, María (aunque haya vencido el pragmático plástico). Y cómo no iban a llevar las flores a las trajineras si Xochimilco quiere decir campo de flores. Y donde no abunda la flor se vuelve el asombro al qurote de maguey, monumental y altivo, para el homenaje en el templo.

Es el templo el que convoca a la ofrenda, es el templo sea cual sea su modalidad religiosa, el que conmina. El catolicismo impuso su dogma y derrotó a los dioses múltiples pero no el espíritu de adoración, no la necesidad de rostros variados que en los santos y las santas encontraron sustitutos para un mundo poblado de dioses especializados. La Virgen de Guadalupe, que se le apareció a Juan Diego (ahora santo), encontró un eco adoratorio en el

mismo Tepeyac donde se veneraba a la Tonantzin. Fueron las flores las que quedaron impresas en el ayate de Juan Diego, fueron rosas, mudos testigos de una aparición legendaria.

Los ritos son siempre adoración y muerte. Se preparan, se ejecutan, se gozan, fenecen. Resumen a la vida en su propia representación miniaturizada; por eso el mundo vegetal de esencia finita es leal acompañante: sacrifica sus frutos en aras de la fiesta, rinde el encanto de sus flores, el lacio verdor de sus hojas. Encantos barrocos los de la ofrenda garigoleada, retacada.

La flor que permanece

Es preciso violentar la esencia transitoria de las flores y el mundo vegetal, es obsesión del artista atarla a la permanencia, sublimarla. Hacerla atributo imperecedero de las miradas de todos los tiempos, acicate de las sensibilidades. Por eso el artesano repite sus formas pintándolas en barro, repujándolas en hojalata, domándolas en cera, recortándolas en papel, soplándolas en vidrio. El arquitecto del *art nouveau* plasmó las formas caprichosas y asimétricas de las plantas entre túnicas y cabelleras femeninas en lámparas, barandales, columnas y vitrales que sustituían ventanas.

Diego Rivera hizo de los alcatrazes símbolo de lo mexicano, monumentos de belleza que remiten al

cuerpo oscuro que abraza el gran ramo. El alcatraz en la pintura quedó para siempre exhibiendo la gallardía de su tallo, la arropada y pudorosa blancura del pétalo que insinúa, descubre y provoca con su intimidad salpicada de amarillo polen. El artista, al elegir, carga de significados los objetos que somete en el lienzo. Nos convoca a mirar a través de su ojo y su inteligencia. Nos señala aquellas flores comunes en los jardines, las nombra entre muchas para que las atendamos cuando se exhiben en aquel manojito abundante que los brazos ciñen con dificultad. No sería lo mismo un alcatraz en una mano. La mujer abraza, abriga, sostiene, quiere aquellas flores que abarca con su pecho.

Entre los empeños por emular y engrandecer a la naturaleza y las formas vegetales a través del arte está el trabajo fascinante del inglés Edward James, que eligió un rincón de la Huasteca para edificar un mundo de escultura y arquitectura en fusión con la selva. En Xilitla, en la Huasteca potosina, se puede gozar del capricho del surrealismo del aristócrata James que pasaba largas temporadas en ese rincón tropical y exuberante del paisaje mexicano.

El escocés era hijo de aristócratas (y hasta se rumora que hijo o nieto ilegítimo de Eduardo VI) y huérfano de padre a los cinco años y de madre a los veintidós, heredó una cuantiosa fortuna con la que financió ballets (cuando estuvo enamorado de Tilly Losch en Nueva York) y a pintores surrealistas como René Magritte y Salvador Dalí. Su pasión estaba en



la poesía y en las plantas. Llegó a tener un jardín botánico en su casa de West Dean en el condado de Sussex, en Inglaterra. Sobre todo tenía una fascinación por las orquídeas y participaba en los concursos con sus exóticos cultivos. Fueron las orquídeas las que lo llevaron a conocer y a comprar cuarenta hectáreas en Las Pozas, muy cerca de Xilitla. Con su amigo, el sonorenses Plutarco Gastélum, que había conocido en un primer viaje a México, llegó en 1945 por la carretera de Laredo a la zona de Xilitla y supo de la cañada donde crecían las orquídeas de su fascinación. El lugar, lleno de cascadas, pozas y vegetación exuberante lo atrapó enseguida y él y Gastélum fincaron allí. James iba y venía de Europa a su rincón selvático donde cultivaba orquídeas y cuidaba de boas y guacamayas, hasta que se le metió en la cabeza hacer una arquitectura orgánica que se fundiera con el paisaje de grandes árboles, de lianas colgantes. Entonces James transformó aquel espacio de terrazas y fosas en un coto de fantasía. El capricho de su imaginación se realizó cuando los bocetos en su libreta de apuntes fueron hechos moldes de madera por un fino artesano y luego vaciados con concreto para permitir aquellas formas sugerentes e inimaginables. Tan pronto fuentes con bromelias, columnatas que remataban en una suerte de capullos, escaleras sin propósito —para rozar el cielo tal vez—, una fosa como un ojo, el palacio de bambú concebido en tres pisos y que habitaría James, el extranjero legendario de Xilitla con su guacamaya al

hombro, financiando los viajes a Europa de los hijos de Gastélum, su educación.

Se necesita mucho dinero y mucha voluntad y una imaginación voluptuosa para llevar a cabo la proeza arquitectónica de James. Para proponerse emular a la naturaleza, disfrazarse de ella y arrancarle posibilidades a la recta armazón de los bambúes, intentar arcadas que parecen doblarse con el viento como ramas frágiles. Se requiere un talento particular para dar con la dureza del concreto, la docilidad de la vegetación. Y todo eso está allí, para que el paseante lo descubra entre los fustes rojizos o cafés, verdes o grisáceos de los árboles largos y delgados, éstos que se yerguen entre la penumbra selvática para repartirse un trozo de sol. James ha dado al concreto la posibilidad de esa lucha por la supervivencia como si las formas inanimadas tuvieran el mismo espíritu de vida. Si alguna vez hubo una tierra de fantasía y capricho es la que Edward James, ayudado por Gastélum, construyó en plena cañada, entre los aguaceros veraniegos y los mosquitos perpetuos. Allí James se desprendió de la coraza académica, de los nombres científicos y las rígidas ferias donde las orquídeas competían en rareza y hermosura, para soltarse el pelo y hacer un poema escultural, una arquitectura impráctica, una construcción cómplice, espejo, amante de aquel trozo de la naturaleza. Ir a Xilitla es aceptar el asombro cuando uno sabe que un trozo de vida se quedó para siempre en ese

rincón en amasiato con la selva y sus formas, con las flores de lis y las hojas de piñanona, con las bromelias y su ofrecimiento floral, con las hojas y las lianas, con los bambúes y las flores, retozando entre lápiz, madera y concreto para iluminar un capricho que sigue bajo el sol hablando de sueños, de excentricidades, de las locuras que vale la pena habitar.

Plantando paredes

Plantar es anclar a la tierra, colocar la semilla para que de ella surja la planta o colocar la planta en nuevo lugar para que sus raíces respalden el crecimiento, pero también, cuando lo trasladamos a las personas, plantar es asunto no grato. Es dejar a alguien esperando en un lugar y nunca llegar, es inmovilizarlo y defraudarlo, finalmente aferrarlo. Plantar es una alianza de la cosa viva con un sitio. Por eso también se pueden plantar muros y mosaicos, vidrios y lienzos llenándolos de vegetales y flores. Plantar es sin duda un arte cuando de llenar un espacio vacío se trata. Los trampantojos (*trompe-l'oeil*) son verdaderos prodigios del ilusionismo. Dan la sensación de paisaje real, de realidad que se extiende al infinito. Son provocadores porque permiten percibir un vergel donde no hay nada, donde el muro detendría las posibilidades de la vista. El trampantojo nos engatusa y propone un paisaje robado a la prisión de la

pared. Nos desparrama la imaginación en lúdica propuesta. Allí las plantas tienen savia y buscan la complicidad del viento, los insectos y los pájaros para seguir poblando el artificio pictórico.

Pacto con la palabra

La planta ha sido cómplice de la permanencia, del deseo de testimonio, de los primeros signos, de las palabras. La corteza del amate cedió su superficie rugosa y cálida a las inscripciones del tlacuilo, experto en tintes y trazos. Sea como papiro a las orillas del Nilo, como pasta de arroz, como celulosa, como membrana del maguey la planta es todavía el sustrato de la palabra. Sin los troncos de los bosques las bibliotecas serían una quimera. Pero el hombre logró extraer al paisaje el medio idóneo para dejar huella de su paso, para expresarse, para construir otros mundos porque el que lo contenía le resultaba insuficiente. Era cárcel y acicate. En el papel fue primero el dibujo el que quedó, después los alfabetos que se convirtieron en extensión de los grupos humanos, en constancia de su capacidad de generar ideas, fórmulas, inventos, poemas épicos y amorosos. Pacto sagrado, pacto íntimo y poderoso, el del papel y la expresión; quizás la alianza más fuerte con el mundo vegetal o una alianza de otra índole. Ya no para satisfacer el hambre, la necesidad de cobijo, la cura de enfermedades, la creación de

los utensilios, sino la necesidad de decir, de comunicar, de pensar a través de la representación y la comprensión del mundo que lo rodeaba.

Los aztecas, imperio guerrero de Mesoamérica, representaron el canto por medio de la flor. La flor que emergía de las bocas de los hombres eran los cantos de alabanza. Palabra y flor llevaban al terreno de la poesía. Pueblo poeta y guerrero que consideraba el corazón del sacrificado como flor para los dioses. ¿Cómo entender si no que se llamara a las guerras floridas, las *xochiyaoyotl*? Julio Cortázar, herido de asombro, las tomó como escenario de pesadilla en su cuento inolvidable “La noche boca arriba”.

Reza una estrofa de *Cantares mexicanos*:

Con la flor del licor de la guerra
se ha embriagado mi príncipe,
amarillo señor nuestro de los cuextecas.
Matlacuiatzin se baña en el licor florido de la guerra.
Juntos se van adonde de algún modo se existe.

La palabra también queda en la canción mexicana cuando ésta hace de las plantas objetos de culto, metáforas de los sentires, analogías de la sabiduría:

Me he de comer esa tuna, aunque me espine la mano.
(*Me he de comer esa tuna*)

¿De qué le sirve al huizache haberse criado en el campo?,
¿de que le sirve a mi amor habernos querido tanto?
(*El huizache*)

Tienes una enredadera en tu ventana
cada vez que paso y miro
se enreda mi alma.
(*La enredadera*)

Qué bonito es el quelite
bien haya quien lo formó,
que por sus orillas tiene
de quién acordarme yo.
(*El quelite*)

Limoncito, limoncito
pendiente de una ramita
dame un abrazo apretado
y un beso de tu boquita
(*Limoncito*)

Han nacido en mi rancho dos arbolitos.
dos arbolitos que parecen gemelos.
(*Dos arbolitos*)

A la orilla de un palmar
yo vi una joven bella...
(*A la orilla de un palmar*)

Atravesé la montaña
pa'venir a ver las flores;
aquí hay una rosa huraña,
que es la flor de mis amores.
(*La feria de las flores*)

El sauce y la palma se mecen con calma,
sus hojas se visten de un nácar azul,
hermoso sombrío del sauce y la palma,
alma de mi alma, ¡qué linda eres tú!
(*El sauce y la palma*)

Ya la higuera se secó.
ya tiene la raíz de fuera,
ya mi prieta no me quiere
porque ando en la borrachera.
(*La higuera*)

Palmero sube a la palma
sube a la palma, palmero
y de los cocos más grandes
hazle su carga al arriero.
(*El palmero*)

Las plantas sirven para cuestiones prácticas, para ampararse de la intensa luz del sol, para hilar una hamaca y dormir bajo el fresco, para socavar un tronco y hacerse una canoa, para tejer una atarraya, para hacer una cuchara de palo, para construir una mesa donde comer y conversar, pero también

son pretexto de evocación, son referentes del paisaje: son forma, son tacto, son aroma. Sin duda el hueledenoches es la magdalena de memorias melancólicas; la luz de las flores de jacaranda tapizando el prado es hipnótico trance de bienestar; las bugambilias llueven sobre los muros peinando nuestra infancia.

Salvador Novo dedica su *Florido laude* a nombrar el asombro por la flora mexicana. Uno de sus versos recoge olores y formas poderosas:

y te aspiro, Gardenia.
Jazmín, Huele de noche, Estrella de Día;
Heliotropo, Azucena, Nardo;
porque eres forma, color y perfume;
porque eres, flor, la esencia de la vida,
la juventud del mundo, la belleza del aire,
la música cifrada del orbe;
porque eres frágil, breve, delicada,
y corres a la muerte que te inmola y consagra, y eterniza.

Y Carlos Pellicer, de odas tropicales y voces de junio, torció al paisaje con la incisión de la palabra para desplegarlo poderoso y bello en *Retórica del paisaje*:

La flora es intocable; en cutis verde
la aguja del tatuaje, defensiva
punza el tacto a distancia.

Chillan flores carnales
sobre el nopal que sesga sus etapas
rimadas en elipse. Si hundo los pedales
surge en esbelto prisma el cactus órgano,
cuyo bisel alfiletero agarra
pequeñas nubes de heno.
El cactus cuya falsía erección
límite varonil marca el terreno.
El maguey en hileras militares:
alerta el armamento y en su espera
endulza al agua de su sed de guerra
y emborracha al ladrón de sus panales.
Cuando se rinde al tiempo alza una lanza
de heroica flor.

Sean heroicas las flores, sean guerreras, sean
comuni3n con la muerte, sean festejo de vida,
sean andamios para fundar vidas, sean cuencos
para beber agua, sean invenciones de hilo borda-
das en la tela, sean coronas asentadas en una cabe-
za, sean pétalos cediendo humedad al paso de una
novia, sean fragancias para los templos, sean can-
tos, sean poemas, sean memoria, nuestra alianza
con el mundo vegetal es imaginativa y absoluta,
nos ata a la tierra y nos eleva en el asombro per-
manente por lo vivo y lo fugaz, por lo bello y lo
diverso.

MÓNICA LAVÍN